



MUJERES,
MITOS
Y DIOSAS

MARTHA
ROBLES



TEZONTLE

Mujeres, mitos y diosas

Martha Robles

Primera edición, 1966

Cuarta reimpresión, 2003

Primera edición electrónica, 2012

D. R. © 1966, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Av. Revolución, 1877; 01000 México, D. F.

D. R. © 1996, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0907-6

Hecho en México - *Made in Mexico*

Prólogo

Antes que nada, refirió Platón, tenemos que conocer la naturaleza humana y sus vicisitudes, porque nuestra índole primitiva no era como la conocida, sino diferente. En primer lugar, eran tres y no dos los géneros de los hombres. El andrógino, aunque participaba de lo masculino y femenino, era una sola cosa, como forma y nombre, príncipe de ambos sexos, masculino y femenino, y no sumido en el oprobio, según se le consideró después.

En segundo lugar, la forma de cada individuo era en su totalidad redonda, su espalda y sus costados formaban un círculo. Tenía cuatro brazos y cuatro piernas, así como dos órganos sexuales, dos rostros distintos y opuestos con sus respectivas orejas en una sola cabeza, sobre un cuello circular. Caminaba en posición erecta, hacia adelante o hacia atrás; pero si deseaba correr giraba en forma de campana, al modo de los acróbatas, con brazos y piernas al piso hasta caer en posición vertical, lo que le daba gran velocidad, semejante a la rueda.

Eran tres los géneros así constituidos, porque el macho fue en un principio descendiente del Sol, la hembra de la Tierra y el que participaba de ambos sexos provenía de la Luna, inseparable de los anteriores. Los hombres fueron circulares a semejanza de sus creadores, terribles por su vigor. Su gran arrogancia los llevó a intentar una escalada del Olimpo para desafiar a los dioses, quienes, en la duda de fulminarlos con un rayo y extirpar su linaje, como lo hicieron con los gigantes, o modificarlos para no quedarse sin los sacrificios con que los honraban, acudieron a Zeus en busca

de una respuesta. Agudo, el Padre del Cielo discurrió separarlos en dos para debilitarlos, segar sus licencias y multiplicarlos en número para adquirir más devotos: "Caminarán erectos sobre las piernas —dijo ante los olímpicos— y si persisten en su arrogancia, de nuevo los cortaré en dos, para que en lo sucesivo anden en una pierna, saltando a la pata coja".

A todo hombre que Zeus iba fragmentando, Apolo le daba vuelta al rostro a la mitad del cuello, en el sentido del corte, y lo curaba de sus heridas. Luego, a estirones, el dios sanador jalaba la piel de arriba abajo y de lado a lado para juntarla en el vientre y, como si anudara una bolsa, sellaba el sobrante en lo que llamamos ombligo. En su mayor parte, alisaba las arrugas que le quedaban y al final moldeaba sus pechos con un escalpelo. Con ser laboriosa, descubrieron los inmortales que su obra fracasaba porque cada parte, al reparar en su soledad y sentirse perdida sin el cobijo faltante, emprendía la aventura de buscar a su otra mitad. Parchadas, pariendo como cigarras, con los genitales hacia atrás y la cabeza adelante, aquellas criaturas sufrieron la soledad más profunda. Desasistidas, se abrazaban con tal ansiedad que no comían ni hacían nada para no separarse. Cuando una de las mitades moría de tristeza o inanición, la restante buscaba otra cualquiera y volvía a enlazarse, sin reparar en que la elegida fuera varón o lo que ahora llamamos mujer. Los seres que triunfaban sobre el hambre dejaban de reproducirse porque no hacían sino sufrir añoranza y estrecharse entre sí imbuidos de miedo; así, aquella humanidad incipiente comenzó a extinguirse en vez de multiplicarse.

Compadecido de este antecedente trágico del humano destino, Zeus discurrió otra traza para que, si en el abrazo sexual tropezaba el varón con la mujer, engendraran y perpetuaran su raza; y, si se unían macho con macho, hubiera al menos hartura, tomaran reposo y centraran su atención en el trabajo y las demás cosas de la existencia. Mudó en-

tonces las vergüenzas de los hombres hacia adelante e hizo que mediante ellas tuviera lugar la generación en sí mismos, a través del macho en la hembra, lo que los obligaba a moverse y contraer responsabilidades.

Reunificador de su antigua naturaleza, el amor se hizo connatural a los hombres y símbolo de una equidad que no podía ser mancillada por ninguna de las secciones, a menos que estuvieran dispuestas a repetir el castigo de su extinción. Apolo enseñó la fuerza curativa de la unidad; pero los demás inmortales jamás discurrieron el modo de atinar con la justa mitad, no obstante los trabajos de la laboriosa e inestable Afrodita, tal vez por temor a la fuerza que adquiere la pareja perfecta que, al fundirse en amor y piedad, suscita el deseo de virtud, reanima el surtidor de heroísmo y despierta una urgencia de moralidad que permite a los hombres encarecer su divinidad.

Equivocarse en la contraseña implícita al elegir mujer o varón ha provocado el más profundo desasosiego. Lejos de ser curativas, las malas alianzas engendran odios y multiplican la injusticia ancestral. Por encima de su obvia infecundidad, los enlaces entre varones afines crearon, al decir de Platón, una maravillosa sensación de amistad, de intimidad y de amor que les dejaba fuera de sí y les impedía separarse siquiera un instante, tal vez porque en ellos quedaba un remanente de turbación o de espera angustiosa superior al surgimiento de una luz propia que les permitiera vencer su estado de postración. Éstos eran los que pasaban su vida entera en mutua compañía, consolándose de su nostalgia inmemorial por el otro yo y apegados, en cierto modo, al temor a la soledad que sintieron las unidades recién fragmentadas que andaban como perdidas, inmersas en su desconcierto imperioso, sin rumbo preciso ni clara conciencia de su sentido de ser. Aquejados de cierta incompletez que no atinaban a definir, jamás lograban el sentimiento de integridad que camina con la grandeza ni experimentaban esa armonía que antecede a la plenitud. Al paso del tiem-

po, tales parejas no podían decir qué era en realidad lo que deseaban unos de otros ni qué de sí mismos, salvo que no se concentraba en los placeres afrodisiacos la sola causa de su complacencia, sino que aspiraban al reconocimiento de la equidad exacta para alimentar un afán de solicitud que solía desvirtuarse, durante la madurez y el envejecimiento, en la persecución insaciable de jóvenes para ver si llenaban así el hueco de su alma.

La naturaleza fue diseñada, si atendemos el mito de las mitades exactas, de mujer y varón dotados de idéntica inteligencia sobre atributos distintos; sin embargo, en vez de explorar el potencial de su respectiva diversidad, hubo tiempo de sobra para ejecutar por su cuenta la correlativa obra de fragmentación emprendida por la mano del dios. El varón, por ejemplo, se dedicó a cultivar su interés en unos cuantos aspectos de la realidad, mientras que las mujeres ampliaron su perspectiva para considerar, de manera simultánea, lo inmediato y necesario desde su función maternal, inclinada a proteger y desarrollar la vida, en la que fincaban su sentido de ser.

Con las teorías orientales de hace miles de años, podemos creer que la femineidad consiste de una vigilante continuidad vital que aun de manera simbólica, en el estallido de los sentidos o en las perversiones que la empujan a practicar el desprecio, compromete su poder desde el surtidor íntimo de la creación. Una creación que era privativa del poder absoluto de Dios y que, al discurrir el proceso reproductivo de la humanidad, compartió con nosotras para que participáramos de su esencia en la doble tarea de preservar la especie al ser fecundadas por el varón e inspirar el movimiento hacia el despertar racional, como claramente se ejemplifica en el Génesis con la expulsión de la primera pareja del paraíso. Este privilegio, visto como instrumento de redención en la cultura judeocristiana, nos permite pensar, actuar y perfeccionarnos intuitivamente. La individualidad se fortalece, por tanto, en la medida en que una mujer

comprende las habilidades múltiples de su intelecto, su gracia equilibradora y su afán de servicio.

Nada mejor que el tránsito de la oscuridad hacia la luz para ilustrar la misión femenina. Diseñada para la reproducción, su talante es dinámico, mientras que el masculino tiende a contemplar y moverse por la inspiración divina que encarna la compañera. La nuestra es una divinidad vigilante, legada a la mujer para acentuar la naturaleza del ser y participar de esta forma primordial de creatividad, que es la propia del arte y la historia. Si por definición la alianza heterosexual acentúa la mutua identidad y afianza el despertar hacia la claridad, la homosexual en cambio padece el sufrimiento más terrible: ser enigmática.

Ser un enigma y vivir como tal, según lo pensó María Zambrano, "sólo es propio de lo que siendo o pretendiendo ser uno, está aprisionado en la multiplicidad, y sujeto a padecer sus propios estados". Esto no lo sufren los dioses por bastarse a sí mismos y estar más allá del principio de contradicción; les ocurre a los hombres cuando, en su afán de evitar padecimientos y saltarse el imperativo del cambio o del movimiento para sortearlos, multiplican su yo en el anhelo de homologarse, lo que implica una negación y es clave de las ansias de fuga que los inmoviliza, de manera contraria a lo que indicarían sus deseos.

Podríamos suponer que el trastorno al reacomodar mitades dispersas se convirtió en caos y en una sanción unívoca que produjo la infamia que ha nutrido de vicios a la humanidad. Al fracasar los hombres en su batalla contra los dioses, optaron por la vía más sencilla de dominar a las mujeres y, después, a otros hombres más débiles mediante prácticas de creciente abyección, inseparables de la idea de pecado que sobrevino a través de Lilith primero y luego de Eva y su estirpe. A más primitiva la índole de las parejas reunidas por apetito sexual, por sometimiento o por el ímpetu de guerrear, mayor inclinación a la injusticia hasta tipificar el desprecio. Tales han sido los triunfos de la sinrazón:

injusticia y brutalidad; por consiguiente, la conquista progresiva de la armonía es lo único que nos permite ascender a partir del reconocimiento del otro complementario. Sin tal requisito resultan imposibles la tolerancia y los repartos equitativos de derechos y obligaciones, que en nuestros días consagra la democracia.

En el eterno combate entre los atributos correlativos de cada género, se incrementa la hostilidad a causa de las contradicciones. De tal modo, atezados por la obsesión de poder y no poder, los varones guerrearán de maneras diversas y se concentran en una sola tarea, sea práctica o racional. Las mujeres, en cambio, continúan sin alarde su aptitud de preservar la vida como figura divinizada, a menos que incurran en perversiones que las desvíen de su cometido. Gracias a su intuición amorosa, desde tiempos inmemoriales gobiernan por lo bajo el orden presente y futuro de la conciencia. Con peculiaridades que en ocasiones separan a la mujer de las diosas y que la orillan a desvirtuar su misión de perfeccionamiento interior, según el carácter de cada pueblo, el aprendizaje y el sedimento de la cultura, surgen las Heras enfermas por su Zeus lujurioso, las Afroditas en pos del amor; una Circe hechicera, regenta de sus dominios y tan dotada en el arte de la palabra como hábil para transmutar a los hombres en cerdos; hay también Casandras portadoras del don de la profecía, aunque condenadas a no ser creídas; Ateneas combativas, esposas que dirigen el hacha contra el marido e incurren en el síndrome de una Clitemnestra sin recurso de salvación; Medeas matricidas, enloquecidas por desamor y abandono; o Ledas ingenuas que, sentadas en sus banquitos al pie del hogar, son seducidas por un cisne que las penetra deslizándose por el pecho.

Por sobre el fascinante corredor de las sacerdotisas, brotan los furores de Olimpias insaciables y crueles, intercalados en el drama inaudito de Sisigambis, en el oscuro declive de una Estatira que muere pariendo y llorando, como

ocurriera al imperio persa al ser conquistado por Alejandro el Grande, y que después se incorpora a la historia como víctima de los mandos cambiantes que mutilaron el porvenir esperanzador de su estirpe.

Hay Yocastas trágicas, suicidas por su dolor y engendradoras de una Antígona heroica que desafía la ley del tirano para cuidar tanto el honor familiar como la ley de los dioses; hay también, sembradas por el mundo como semillas variables del universo creador, vírgenes inmóviles y arquetipos de la piedad que son veneradas por su paciente solicitud o, como en el caso de la Guadalupana, consagradas por la maternidad absoluta en la misericordia perfecta en favor de los hombres. Existen doncellas enmudecidas, Marías intermedias entre la espada y la cruz, amantes confinadas en la pasión conventual, Heloísas radiantes que increpan a Dios por padecer tan infinita crueldad, Isoldas confusas, Dalilas intrépidas, Cleopatras que oscilan entre el ímpetu redentor de la patria, el acicate de inmortalidad y una entrega amorosa teñida del imposible sueño imperial que, en ocasiones, las aproxima a lo mejor de sí mismas y, en otras, las conmina a ceder a la tentación del abismo y concluir sus aspiraciones hundiendo los dedos en el cestillo de higos habitado por el áspid portador de la muerte.

No faltan las Hipatías desolladas por su vigor racional ni las mujeres de nuestro tiempo que, en medio de gran confusión, provocada por el cúmulo de equivocaciones de una humanidad que ha pretendido volverse deidad material, decidieron romper el cerco de oscuridad y por fin se atrevieron a decir en voz alta que sí, nuestra feminidad es conductora del atributo creador, enlace entre la vida, el impulso de muerte y la esperanza de redención. Sus primeras empresas, no obstante, absorbieron lo propio de nuestra edad: apetito de información, avidez de conocimiento, urgencia por competir en los juegos del mando, anhelo de gloria y placer y, a veces, también, contagio de las que se creían libertades en horas de odio social, de rupturas espiri-

tuales frente a nuevos dominios religiosos y de desvaríos infiltrados de pavor a morir.

Mujeres en cierta manera quebradas, ellas padecieron acomodos y consecuencias de las guerras mundiales que han venido a consolidar el desorden mediante la violencia del conservadurismo y de su contraparte, la transgresión. Sintieron la necesidad de buscar algo distinto, de romper con ataduras que las marginaban de las actividades de la cultura selecta, privativa hasta entonces de los hombres y, en especial durante las décadas en torno del medio siglo, las más audaces probaron el acre sabor de la frustración. Mientras despuntaban públicamente por sus obras de vanguardia, en la intimidad decaían como si obedecieran un secreto estigma, ya observado a propósito de las ménades.

Como las posteriores, que hoy nos perturban, aquéllas no eran sino libertades envueltas en humo, invariablemente tramadas de vileza y disolución que, por desgracia, probaron con más o menos intensidad algunas de las que se consideraban grandes talentos del arte de la palabra, como Djuna Barnes, Virginia Woolf, Jane Bowles o Anaïs Nín, hijas de la desesperación y del cansancio de ser, reproductoras de aquella división primordial que, si en las páginas se volcaba con lucidez, al violentar su destino y no saber qué hacer con su vida se revertía contra su propia naturaleza hasta sumirlas en tan atroz depresión que en su inconsciencia perdieron los límites del impulso suicida, que algunas cumplieron.

Simone de Beauvoir advirtió los deslices de la injusticia fincada en la diferencia sexual, que se practica más y peor donde privan los autoritarismos políticos, los monocredos y la intolerancia racial. Valientemente emitió un grito de alerta, sacudió a las mujeres occidentales, reveló los indicios de una esclavitud ancestral y llamó "el segundo sexo" a ésta su primera denuncia a modo de testimonio internacional, que al punto sería acompañada de brotes de rebeldía, movimientos liberadores, protestas contra la desigualdad fe-

menina y demandas que enlazaron luchas viejas y nuevas, seculares o súbitas para reconquistar, en un mundo entregado completamente a la turbulencia, la dignidad por la que las mujeres habremos de recobrar el sentido de ser, si es que en el siglo por venir las generaciones valoran el verdadero significado unificador de la supervivencia en nuestro planeta.

Mujeres y diosas compartimos un mismo destino tramado de fatalidad. No importa cuándo ni cómo se subleve, sueñe o batalle un miembro de nuestro sexo, siempre ha de toparse con el reto invariable de la subcondición de debilidad que le atribuyen los hombres, quizá porque ha sido lenta y accidentada nuestra propia aceptación del compromiso que sella el poder de crear, que se atribuyó sólo a Dios. No es que debamos cambiar el fondo moral ni que tengamos que reinventar lo que, durante milenios, lentamente se ha depurado como norma de convivencia familiar y social, sino que resulta inminente recobrar la forma de equipar el fundamento de la concordia. En este sentido, no hay modestia mayor que aceptar el valor de esa gracia femenina, que es tan nuestra como unívoca de feminidad, y honrarla sin soberbia en el puntual cumplimiento de nuestra misión. Una misión regulada por la bondad, ceñida por la virtud, a la manera de la grandeza, y especialmente por el amor en su calidad original, como enlace unificador de lo disperso y envilecido.

Si el amor anima, fortalece e impulsa, el pensamiento descifra su esfuerzo generador. Escindir el amor en humano y divino, según lo postula María Zambrano, marca el tránsito, sella la diferencia y favorece la continuidad entre el amor como potencia cósmica y el amor en su expresión terrestre, cuya historia sigue las leyes del ser humano y en su distinción por sexos complementarios engendra la realidad cuando pone en movimiento a la inteligencia, mientras que la energía amorosa celeste se deslinda de lo verdaderamente divino, lo absoluto y patente por sí mismo.

Hasta parece propia de cierto atavismo la preferencia de los varones por sustituir con falsos dominios tramados de despotismo la creatividad femenina que proviene de la mítica división primordial; pero está visto que donde impera la injusticia desde este deslinde de derechos por géneros, que margina a las mujeres en beneficio de los varones, se forman culturas propensas a la bajeza y a repetir la abyección, como claramente se observa en Latinoamérica, en África y, desde luego, en las teocracias musulmanas.

No es casual que, enmudecidas y temerosas como hemos sobrevivido durante siglos las mexicanas, sólo destaque Sor Juana Inés de la Cruz, un verdadero portento del virreinato. Inclusive en nuestros días, hay pocas mujeres que se atrevan a reconocer su propia potencia, levanten su espíritu y esgriman la voz, la pluma, sus obras o sus actos como un principio purificador. Tal es el imperativo que fue inseparable del crecimiento intuitivo y de la razón excepcional de la monja jerónima, que no sólo exigió el empuje del pensamiento, sino que mezcló la aflicción a su proceso esclarecedor y, no obstante el acoso eclesial que la hizo abjurar de su indudable conquista sobre la inmovilidad, desarrolló por sí misma una poderosa feminidad que estaba como en tinieblas, amordazada por la Colonia, condenada al silencio y quizá autocomplacida en su estéril resignación.

Después de esta victoria suya, ganada en perpetua vigilia, otra vez recayó sobre las mexicanas el escollo del yugo y su retorno a un silencio tan tenebroso que no puede menos que actuar como elemento de retroceso y signo de vaciedad, ya que la mujer no está hecha para ser ni multiplicar su potencia en oscuridad. Éste es el símbolo engendrador y la reciedumbre que representa una Juana Inés de la Cruz, quien paladeó su liberación en la renuncia aparente y, al prefigurar las posibilidades creadoras de su palabra, reconoció que a ninguna mujer, por excepcional que sea, está dado salvarse ni hundirse sola. De ahí su vigencia y la fascinación que suscita su vigorosa individualidad, tan

contrastante como complementaria de la mística Teresa de Jesús.

Se dirá que las soberanas han repetido los vicios del poder material que se tenían por privativos de los varones, que al desencadenar su crueldad acometen con todo y se dejan caer en un infierno sin límite adonde van a parar generaciones enteras a consecuencia de sus errores y que, como podrá leerse en ejemplos contenidos en esta obra, no se sustraen de los defectos propios de la naturaleza humana; pero hay que insistir en que si sus desviaciones resultan tan aberrantes se debe precisamente a que, en su descenso, la mujer está violentando su fundamento y que una misma experiencia repetida durante miles de años demuestra cómo, a pesar de prejuicios y de la abrumadora información que en nuestra era perturba el entendimiento, distrae la intuición y nos aparta de la sabiduría a la que estamos llamadas como seres pensantes.

A la condición femenina no se le permite ninguna posibilidad intermedia: es o no mujer, asume o niega su cometido, encarece o desvirtúa su gracia, se afirma en su movimiento connatural o cede a la tentación del abismo y se lleva consigo al hombre y a los seres que la acompañan.

Intuitivamente, las generaciones reconocen a quien es de la que no lo es. "Gran mujer", dice el lugar común, cuando se percibe una personalidad radiante y se respira a su alrededor la autoridad que prodiga una feminidad consumada en el alto reconocimiento de sí en servicio de los demás. Y se la llama mujer, acaso sin reparar en la levedad vigorosa que inspira su gracia o esa elegante armonía que, en mezcla de dolor y alegría, difunde tanto el cuestionamiento crítico de su realidad como el saldo esperanzador que anima su certeza vital.

Si una mujer está lograda en su entendimiento connatural, emprende su despertar y se afirma en sus atributos de misericordia y bondad; si en cambio se niega y abomina de la parte de divinidad que se le ha encomendado, incurre en

las peores bajezas, con la salvedad de que en su caída arrastra todo consigo, ya que ella, por su sello esencial, forma, deforma o destruye al varón. De ahí la secreta secuencia de un machismo que no existiría si las madres, las amantes, las esposas, las hermanas o las amigas no inspiraran esa negación de sí mismas quizá por temor, por olvido de su sentido de ser o, lo que es peor, por renunciar al alto deber de conducirse como instrumentos de la esperanza.

Y éste fue el propósito que perseguí al escribir *Mujeres, mitos y diosas*: participar de una aventura hacia la propia liberación, compartir con ustedes un recorrido que, aunque breve y acaso limitante, por poco representativo, al menos contribuye a entender los vericuetos de una feminidad que, sin distinguir de tiempo ni lengua, demuestra una sola experiencia: cuando cede a la tentación de la caída, la mujer participa de lo peor de su naturaleza; en cambio, si se acepta como manifestación de lo divino, asciende hacia la claridad y completa su empresa con alegría. La que entiende y comparte redobla su esperanza de continuidad digna en un mundo que ya no ofrece oportunidades de error porque hemos atentado de raíz contra los principios fundamentales, incluso contra la misma vida.

Por la vía de la creatividad entendí que únicamente la pasiva resignación es peor al miedo a lo desconocido o al autodesprecio que suele acometer a algunas mujeres que ignoran su potencial. Asombrada ante el poder que se le reconoce al vigor femenino en ciertas filosofías orientales, escuché de Siri Singh Sahib que la mujer desencadena una verdadera tragedia cuando, al pararse frente al espejo, abomina de su naturaleza radiante a cambio de aceptar las mentiras externas sobre una supuesta belleza que la ha reducido a máscara o caricatura de divinidad. Lo verdaderamente bello de la feminidad irradia con la integridad esencial, la propia de la armonía con una misma y el universo.

En el entendimiento y la aceptación de la propia gracia se fincan las libertades y el derecho a exigir en respuesta la